

Un plan pour conquiescente



CARMEN MERINO

Un plan para conquistarte

CARMEN MERINO

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2025

Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2025

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-10479-61-6

Depósito Legal: CS 752-2025

© del texto, Carmen Merino

© ilustración de cubierta, Margarita H. García @margacong

Corrección, María Coma

Código THEMA: YF

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Para mi abuela, mi ángel en el cielo,
que siempre creyó en mí y en mis sueños.*

*Para todas las almas que estaban
destinadas a conocerse,
pero no a quedarse juntas.
Os prometo que hay
algo mejor para vosotras.*

PRÓLOGO

7 AÑOS ANTES

«¿Qué son las almas gemelas?». Esa era una de las preguntas que solía hacerme cada vez que pillaba a mis padres acurrucados en el sofá, viendo películas en las que los protagonistas se besaban en los labios o leyendo libros con un final feliz. Sin lugar a dudas, ellos estaban hechos el uno para el otro. Era como si el universo entero hubiera conspirado para reunirlos, como si sus almas hubieran estado buscándose la una a la otra durante años hasta acabar encontrándose, entre miles de millones, porque estaban destinadas a estar juntas.

La idea de compartir ese tipo de conexión con alguien me fascinaba y me asustaba a partes iguales, hasta el punto de hacer que me preguntara cada día cuándo llegaría mi momento y si sería capaz o no de reconocer a mi alma gemela. Todavía había demasiadas cosas que no entendía, y sabía que no lo haría hasta crecer un poco más, pero, entonces, llegaron ellos... como un huracán en pleno mes de mayo, poniéndolo todo patas arriba y dándole significado a cada una de mis teorías.

Los hermanos Wells se mudaron a la casa de enfrente casi un mes después de que nosotros compráramos la nuestra, aunque su presencia tardó mucho menos tiempo en hacerse notar. Y es que el mayor de ellos, Hunter, se dedicaba a provocarle rabietas al pequeño Luke, escondiéndole el oso de peluche que necesitaba abrazar para poder dormir, y ese espectáculo se repetía noche tras noche en la ventana que daba a mi habitación, justo a veinticinco metros de mí.

Así que, el día de la fiesta de bienvenida que organizaron los miembros del club social para recibir a los nuevos vecinos, decidí que era el momento perfecto para enfrentarlo. Primero, me aseguré de escuchar su nombre un par de veces antes de acercarme para no equivocarme de niño y, cuando estuve delante de él, le estampé mi unicornio de peluche favorito —por su textura mullida y extrasuave— en el pecho. Él parpadeó un par de veces, intentando asimilar lo que acababa de hacer, y luego extendió los brazos y lo agarró antes de que se cayera al suelo, en un acto reflejo. Tardó varios segundos en reaccionar, pero cuando me miró a la cara se le dibujó una sonrisa mellada que le llegaba hasta los ojos, igual que los oscuros y largos mechones de su flequillo. Me crucé de brazos, copiando su gesto, y, en

ese preciso momento, supe que mi pequeño vecino llorón no solo dejaría de serlo, sino que se convertiría en mi fiel e inseparable mejor amigo. Y todo porque le gustaban los unicornios.

Unas semanas después de habernos conocido, nos aliamos como «cómplices supersecretos de travesuras» e intercambiamos pulseras de la amistad bajo un árbol mágico, imitando un ritual que habíamos encontrado en Internet.

—Yo, Lucas Wells..., Luke para los amigos —aclaró, y apoyó su mano derecha en el centro de su pecho para simular que se tocaba el corazón—, juro que estaremos siempre juntos y uniremos fuerzas para fastidiar a mi hermano durante todos los días de mi vida.

Sopló bruscamente hacia arriba, lo que le apartó el flequillo de la frente y me dejó ver, de pleno, esos ojos verdes de expresión divertida. Yo solté una pequeña risita e imité su gesto para continuar con el juego.

—Yo, Abigail Foster..., Abby para los amigos —hice una pequeña mueca cuando soltó una carcajada, pero él asintió, animándome a continuar—, juro que siempre estaré a tu lado, sobre todo para molestar al odioso de Hunter.

Cuando terminé de hablar, Luke se situó a pocos

centímetros de mí, me sujetó la mano izquierda entre las suyas y me dio un pequeño apretoncito.

—A partir de ahora, esta pulsera simboliza nuestra amistad, así que no puedes quitártela nunca jamás —dijo, con el ceño algo fruncido, concentrado en hacer un nudo lo bastante resistente—. Yo tampoco lo haré, ni siquiera cuando nos peleemos y no salgamos a jugar en tres días.

Volví a sonreír y asentí varias veces seguidas. Él también me tendió su mano izquierda y lo tomé por la muñeca con la misma delicadeza que había empleado conmigo. Cuando terminé de hacerle el nudo, me envolvió entre sus delgaduchos brazos y nos fundimos en un largo abrazo, sellando así nuestro pacto.

Y es que nuestra relación era tan increíble porque se basaba precisamente en eso. Nos peleábamos a todas horas, planeábamos cientos de estrategias para fastidiarnos los unos a los otros e incluso negociábamos alianzas con el enemigo como viles traidores. Disfrutaba tanto de los hermanos Wells, de que nuestra única preocupación fuera intentar ponernos de acuerdo a la hora de elegir un plan o un lugar donde pasar la tarde, que me aterraba pensar que algún día todo pudiera cambiar entre nosotros.

Porque no podía soportar la idea de crecer y todo lo

que eso conllevaba... sobre todo, cuando apareciera por primera vez un nuevo, aunque no desconocido, sentimiento: el amor.

PARTE I

CAPÍTULO 1

ABBY

JUNIO

—¿Por qué tenías que fijarte en el hermano capullo? —me pregunta Olive mientras abre una bolsa de patatas fritas y se lanza sobre mi cama perfectamente estirada—. En serio, yo siempre te había considerado la inteligente de las dos.

La voz de mi mejor amiga me hace apartar la vista del álbum de fotos que vamos a regalarle a Maddie por su cumpleaños. Después de una tarde de manualidades en la alfombra de mi habitación, pegando todas las fotos y escribiendo todos los textos debajo de estas, reconozco que ha quedado increíble. Esas páginas guardan tantos años de recuerdos, que estoy segura de que a nuestra amiga se le escapará alguna que otra lágrima al leer las dedicatorias. Lo meto en la caja con cuidado y sonrío, satisfecha con el resultado. Está claro que Olive y yo tenemos un talento innato para la decoración, sobre todo cuando hay purpurina de por medio.

Me giro para encararla y no puedo evitar poner los ojos en blanco cuando la pillo sacudiendo unas cuantas migas de mi colcha limpia. «Ja, como si no fuera a darme cuenta». Estoy a punto de quejarme cuando retoma su discurso, fingiendo no haber visto mi expresión, y me deja con la palabra en la boca.

—Vale, Hunter está bueno y entiendo que todo ese rollo misterioso lo haga parecer más *sexy*... pero se portó como un auténtico idiota —comenta, llevándose a la boca un puñado de patatas fritas—. Y a ti nunca te han gustado ese tipo de chicos.

Por mucho que me cueste admitirlo en voz alta, sé que tiene razón. Llevo colgada de Hunter desde que se mudó a la casa de enfrente, y de eso hace ya unos cuantos años, aunque todavía recuerdo la primera vez que sentí ese extraño cosquilleo en el estómago como si hubiera sido ayer mismo... cuando los ladridos de Thor me hicieron asomarme a la ventana y lo vi, bajándose del coche de sus padres con la gorra de su equipo de *hockey* favorito echándole todo el pelo para atrás; cuando se dio cuenta de que estaba espiándolos y ni siquiera se molestó en disimular la sonrisa o cuando el corazón empezó a latirme, desbocado, cada vez que recordaba el momento exacto en el que intercambiamos una mirada.

—Olive, acabo de cambiar las sábanas.

Me cruzo de brazos y mi mirada desafiante la hace levantarse a regañadientes, ondeando su castaña melena de lado a lado.

—De todos modos, tampoco es que tu cama sea tan cómoda —replica, con actitud orgullosa, antes de hacerse hueco en la alfombra al lado de mi perro.

Al sentarme a su lado, le robo un par de patatas y le dedico una sonrisa juguetona.

—Eso ha sonado al típico «tampoco estás tan buena» de un tío que no consigue metértela en la primera cita.

Abre la boca exageradamente y no puedo evitar reírme al ver su expresión. Thor se acerca a nosotras y huele con curiosidad la bolsa medio vacía que hemos dejado entre ambas, pero Olive lo pilla y la aparta de sus narices y luego le acaricia la cabeza a modo de disculpa.

—¿Soy demasiado cruel por pensar que Hunter tiene toda la pinta de ser uno de esos?

Vuelvo a mirarla, dudando unos segundos qué responder, hasta que me encojo de hombros. Conozco a Hunter desde que éramos niños y puedo afirmar casi con total seguridad que él nunca será uno de esos. Al menos, no el Hunter con el que he compartido toda mi infancia.

—Hunter ha cambiado mucho, Abby —añade,

haciendo una mueca—. Él ya no es el que era antes de marcharse... y deberías asumirlo.

No es la primera vez que Olive intenta convencerme de que Hunter no es el mismo chico del que me enamoré perdidamente con tan solo doce años, y yo tampoco la culpo por querer liberarme de una absurda fantasía como esa; pero no es tan fácil olvidar al primer amor... porque no es solo una experiencia, sino el inicio de toda una historia llena de capítulos que acabas releendo una y otra vez para recordar dónde y cómo empezó todo, cuándo nació el amor.

—Sabes lo traumático que fue el divorcio de sus padres.

Como suele decir mi madre: «Nada es para siempre, ni tampoco se vuelve a ser lo mismo dos veces». De un día para otro, el señor y la señora Wells decidieron poner fin a su matrimonio y esa simple decisión puso mi mundo patas arriba. Todavía recuerdo las palabras que habían resonado en mi cabeza como un eco ensordecedor, cada sílaba que me había golpeado el pecho con una fuerza devastadora, haciendo que el corazón se me rompiera en mil pedazos cuando supe que Hunter se había marchado a vivir con su padre casi al otro lado del mapa, sin despedirse, sin darnos ningún tipo de explicación. Y yo me

quedé aquí, sola, sin mi otra mitad y sin saber si volvería a verlo algún día.

—¡Eso no es excusa! —se queja, casi indignada—. Luke ha sufrido lo mismo que él y no por eso ha cortado de raíz con su vida ni con nosotros.

—Pero es que Luke no ha tenido que dejar atrás su casa ni su instituto —vuelvo a rebatirle—. Él ha seguido teniéndonos a menos de veinticinco metros.

La oigo musitar algo, no muy convencida, mientras se impulsa para levantarse del suelo de un salto.

—Sigo pensando que ahora va de otro rollo totalmente distinto y no encajamos con su nueva personalidad de chico duro —insiste, poniendo los ojos en blanco—. Ya sabes, le fastidiamos esa aura misteriosa que seguramente le hace ligar el doble.

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos recuerdos y obligándome a cambiar el gesto, porque me niego a ponerme melancólica un día como hoy. Me limpio las manos en los pantalones y arrugo la bolsa de comida basura que acabamos de zamparnos entera antes de dejarla encima de la mesita.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunto para cambiar de tema.

—¿De verdad sigues teniendo hambre después de

todo eso? —se sorprende, lanzándome una mirada divertida—. Siento decirte que, si quiero meterme en el vestido de esta noche, tengo que cerrar la boca hasta mañana.

Me da la espalda y camina hasta la otra punta de la habitación, consiguiendo que la mire con curiosidad. Veo cómo se agacha con esa gracia natural que la caracteriza y recoge su mochila del suelo, para después girarse y mirarme con una sonrisa pícara. En cuanto la abre, saca un trozo de tela demasiado brillante y estrecho para mi gusto, y empieza a ondearlo en el aire para enseñármelo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le pregunto, alzando una ceja—. ¿Acaso tienes una cita y no me lo habías contado?

Esta vez es ella la que pone los ojos en blanco y deja escapar un gruñido, de modo que la miro con más interés todavía.

—Abby, hemos acabado el instituto —dice, con tanta obviedad que tengo que asentir un par de veces—. ¡Ya no tienes ninguna excusa para no leer los mensajes del grupo!

—Confío en que las cosas importantes me las cuentes en persona —trato de defenderme y me siento a los pies de la cama—. ¿Quién es el afortunado? ¿Lo conozco? ¿Alguna vez me has hablado de él?

Exhala con fuerza, llevándose las manos a la cabeza, y eso me hace volver a sonreír.

—¿De verdad no te has enterado? —pregunta, y niego enseguida—. Tía, esta noche es la fiesta de despedida en la playa. ¡Llevamos semanas hablando de ello! —Casi me grita en la cara y tengo que inclinarme hacia atrás en la cama para que su saliva no me salpique. Me fulmina con la mirada y le sonrío tímidamente.

—Pensaba que haríamos una cena con los de clase, o algo así... —confieso, y la escucho suspirar—. Sabes que no me gustan las fiestas, Olive.

Antes de que termine de hablar, siento que ya me está atravesando con sus ojos azules. «Oh, no. Hora del sermón».

—¿Qué tienes, 60 años? —escupe, observándome como si fuera un bicho raro—. No, desde luego, mi abuela tiene muchísima más marcha que tú.

—Tu abuela tiene muchísima más marcha que cualquiera de nuestra edad —me quejo—. No es una comparación válida.

—Ni lo intentes —me frena, señalándome con el dedo para ganar un poco de autoridad—. No pienso dejar que te pierdas esta fiesta... ¡Es el fin de una etapa!

Suspiro antes de dejarme caer, bocarriba, sobre la

colcha. No me apetece nada ir a esa fiesta, pero aún menos discutir con ella; porque si algo he aprendido a lo largo de todos estos años sobre Olive es que siempre acaba saliéndose con la suya. En serio, es verdaderamente incansable.

La miro de reojo, mientras estira el vestido sobre la silla y saca los zapatos a juego con una sonrisa radiante. Se la ve tan emocionada, aun sabiendo que está a punto de fastidiarme la noche, que me dan ganas de lanzarle una de las velas aromáticas de mi mesita.

—Te prometo que será divertido —asegura, al darse cuenta de que me he quedado callada durante demasiado tiempo—. Además, vendrá todo el mundo. Incluso tu hermano hará su aparición estelar por allí.

—Mi hermano iría a cualquier lugar en el que estuviera Maddie —murmuro, haciéndola reír.

Se sienta en la silla de mi escritorio y se impulsa con los pies hasta el espejo de cuerpo entero que tengo justo a mi lado, con la intención de empezar a maquillarse sin ninguna prisa.

Me quedo mirando al techo en silencio, dándole vueltas a la idea de abandonar mi cómodo pijama para rodearme de una multitud de desconocidos. Y es que esos planes no solo van en contra de mi naturaleza tranquila,

sino que son los favoritos de mi mejor amiga. Cualquiera que nos conozca sabe, más que de sobra, que Olive y yo somos como el día y la noche... pero ese contraste es, precisamente, lo que nos hace complementarnos tan bien. La miro de nuevo, fijándome en que está tan concentrada haciéndose el *eyeliner* que tiene la boca entreabierta en una expresión muy graciosa y no puedo aguantarme la risa.

Aprovecho que está entretenida para desbloquear el móvil y entrar en el chat de nuestro grupo de amigos, viendo que tengo 139 mensajes acumulados de las últimas dos semanas. Empiezo a leer muy por encima las tonterías y los memes que han estado enviando, hasta que llego a los de esta mañana.

Maddie

No me puedo creer que la fiesta de fin de curso sea la noche de mi cumpleaños, ¡es que no habría salido tan bien ni hecho aposta! 🍷

Cuento con todos vosotros, ¿verdad?

Juro que quien no venga y no me presente un justificante médico en el que se vea claramente que su vida corre un peligro inminente, tendrá serios problemas amistatales conmigo

Jenna

¡Por supuesto! Cuenta conmigo, Mad 🤖

Olive

¿Alguien ha dicho FIESTA? 🤖

Luke

Ni de broma me pierdo esa fiesta, tu cumpleaños me lo pienso... 🤖

Alexander

Iré solo para ver lo pedo que acabarán los niños de vuestra clase y darme un baño en bolas de madrugada

No soy consciente de que estoy sonriendo hasta que bloqueo la pantalla y me encuentro reflejada en ella. Por detrás, Olive me mira con un ojo a medio pintar y una sonrisa animada.

—¿Ponemos algo de música?

Asiento, y entra en una de sus *playlists* sin dudar. A los pocos segundos, las primeras notas de «Good 4 you» inundan toda la habitación. Puede que no compartamos el mismo gusto con la ropa o los hombres, pero está claro que con la música podemos llegar a un acuerdo.

Me entretengo viéndola cantar usando un cepillo como micrófono y no puedo evitar unirme a ella en el estribillo, fundiéndonos en carcajadas. Pero, entonces, la

llegada de un mensaje casi al unísono en mitad de la canción nos hace bajar la vista a nuestros teléfonos y la música pasa a un segundo plano.

Hunter

Yo también me apunto

Cuatro palabras. Suficientes para que el corazón me empiece a latir de forma frenética y me retumbe en los oídos. Olive clava sus ojos en mí, y la conozco tanto que estoy totalmente segura de lo que está a punto de decir y el tono socarrón con el que lo hará.

—Entonces, ¿ya sabes lo que vas a ponerte?

Y si ir a una fiesta en la playa no entraba en mis planes, que Hunter apareciera después de dos años y quisiera acompañarnos era una opción que nunca se me habría pasado por la cabeza. De repente, vuelvo a sentir un cosquilleo familiar en el estómago; ese que había estado tanto tiempo dormido y que un simple mensaje ha hecho brotar de nuevo. Porque, en realidad, nunca se fue del todo, aunque Hunter sí lo hubiera hecho; y, después de esto, sé que no lo hará en otra larga temporada.

CAPÍTULO 2

ABBY

JUNIO

Un par de horas después me encuentro frente al Fiat 600 que mi amiga acaba de aparcar con una habilidad increíble en un hueco diminuto, sin seguir ninguna de mis indicaciones. La veo celebrarlo con un ridículo bailecito y no puedo evitar reírme cuando se pone a trepar por los asientos para salir por la puerta del copiloto.

—Joder, ¿cómo voy a hacer esto borracha y sin que se me vea nada? —se queja, caminando hacia donde estoy esperándola—. Espero que, para cuando nos vayamos, la mitad de los coches ya no estén aquí.

Alzo una ceja y la miro de brazos cruzados mientras ella se apresura a bajarse el vestido para no enseñarle las bragas al *parking* entero.

—Estás loca si crees que voy a dejar que conduzcas con una gota de alcohol en el cuerpo.

Abre la boca, seguramente con intención de rebatír-

melo y empezar una absurda discusión sobre los peligros que supone el consumo de sustancias al volante, pero la cierra al instante y curva los labios hacia arriba. La veo mirar por encima de mi hombro con una mueca divertida, pero, antes de que pueda girarme, unos enormes brazos me rodean por la cintura y me levantan hasta que dejo de notar el suelo bajo los pies. Ahogo un pequeño grito por el susto, aunque no tardo ni dos segundos en adivinar quién está aplastándome contra su pecho porque ese olor es inconfundible.

—Luke, ¡cualquier día me vas a matar! —le grito, por encima de sus risas, y consigo que vuelva a dejarme en tierra firme.

—¿Qué habrías hecho de haber sido un ladrón? —pregunta, en un tono divertido, y me doy la vuelta para poder plantarle cara—. Eres un objetivo demasiado fácil, Abby.

Entorno los ojos, mirándolo con mi mejor cara de pocos amigos, y eso le causa todavía más gracia. Niego un par de veces, intentando hacerme la dura, pero, antes de que pueda volver al lado de Olive, me estira la mano hacia arriba y me obliga a dar una vuelta sobre mí misma.

—¿Cuánto pretendes ligar esta noche?

No se corta cuando pasea sus ojos por mi vestido

negro, detenidamente, y me dedica un silbido halagador que me hace sonrojarme. Toda mi vida he odiado ser el centro de atención, pero el simple hecho de ser la mejor amiga de Lucas Wells lo hace incluso irónico porque, a su lado, pasar desapercibida es misión imposible.

Luke es un zalamero en toda regla, de esos que saben exactamente qué hacer y decir para llevarse a su terreno a cualquier persona, sobre todo cuando se trata de mujeres. Y es que su labia y su apariencia angelical son dos de las cualidades que lo convierten en el protagonista perfecto de muchas fantasías.

Me libero de su agarre e imito el gesto de Olive para bajarme la fina tela que me cubre la parte superior de los muslos, bajo su atenta mirada. Cuando estoy a punto de dedicarle un corte de manga, una figura a su lado llama mi atención y me incorporo más rápido de lo que pretendía, casi mareándome. Mierda. Intento apartar la vista antes de que pueda darse cuenta de que me he quedado totalmente paralizada y me obligo a mantener la compostura para no parecer una *groupie* ante su banda de música favorita.

Hunter está de pie, a un par de metros de mí, observándonos con una media sonrisa que no se molesta en esconder, y yo tengo que recordarme mentalmente

cómo se respira. Trago saliva cuando avanza un par de pasos hacia nosotros e intento que no me tiemblen las piernas cuando me percato de que su intención es darnos un abrazo. Olive se lo devuelve sin mucho entusiasmo, con una expresión desconfiada que me hace sonreír. Sin duda, mi amiga es la persona más rencorosa del mundo.

Después de intercambiar un par de frases con ella, Hunter se planta justo delante de mí, como una especie de Dios griego a la espera de ser alabado, y yo tengo que levantar la cabeza para poder verle la cara porque no recordaba lo alto que es.

—Joder, Abigail. Cuánto tiempo.

Puedo notar la sorpresa en su voz mientras me echa un vistazo rápido, provocándome un escalofrío. Pero no, su mirada no es la de alguien que está frente a un manjar irresistible, sino más bien la de un tío lejano que en la cena de Navidad le dice a su sobrina pequeña lo mucho que ha crecido durante ese año.

Me esfuerzo por esbozar una especie de sonrisa que, por la carcajada poco disimulada de Luke, sé que ha parecido más una mueca propia de una persona estreñida que un saludo. Hunter hace el amago de abrazarme, pero una voz chillona a sus espaldas lo frena a mitad camino y

yo empiezo a maldecir para mis adentros cuando veo que una rubia despampanante aparece a su lado. Auch.

La chica que ha invadido recientemente su *feed* de Instagram nos dedica una mirada fugaz y un simple movimiento de cabeza a modo de saludo, y no me hace falta girarme para saber que mi amiga está poniendo los ojos en blanco exageradamente tanto como a mí me habría gustado hacer.

Estoy a punto de soltar la primera tontería que se me pasa por la cabeza, pero, como si Dios se hubiera apiadado de mí al ver semejante escena típica de una malísima comedia romántica, el resto de mis amigos aparece e interrumpe mi ridícula intervención. Maddie y Jenna saltan a nuestros brazos mientras mi hermano se queda un poco más atrás para cerrar el coche con la llave a distancia.

—¡Tu hermano conduce como mi abuelo! —grita la rubia, y Jenna asiente con la cabeza para darle la razón.

—La próxima vez, vas a venir haciendo *autostop* —le advierte Alexander, fulminándola con la mirada mientras se coloca a mi lado.

El estruendo de la música se vuelve más fuerte con cada paso e intento ahorrarme una mueca y varios comentarios cuando nos adentramos en pleno bullicio.

Sin esperármelo, Luke se acerca a mí y entrelaza nuestros brazos, como si fuéramos dos ancianos que pasean por el parque, y me guía entre toda la multitud.

—¿Crees que voy a salir corriendo?

—Creo que vas demasiado guapa como para dejarte sola —responde ágilmente, con una de sus sonrisas más sinvergüenzas.

—No tienes que hacerme la pelota para que me quede —digo, y lo escucho chasquear la lengua—. He venido con Olive, así que no tengo escapatoria.

Se lleva una mano al pecho, fingiendo que mi comentario lo ha ofendido, y se inclina para asegurarse de que lo oigo por encima de la música. Su aliento me produce cosquillas en la oreja y, automáticamente, se me eriza el vello de la nuca.

—Está bien. —Hace una pequeña pausa para sonreír y lo veo asentir un par de veces, de reojo—. Entonces, déjame decirte que ese bolso es lo más feo que he visto en mi vida.

Abro la boca y lo miro, verdaderamente ofendida. Pero ¿cómo se atreve? Cuando ve mis intenciones, se aleja y esquivo mi manotazo con una sonrisa divertida.

—¿Qué sabrás tú de moda? —le recrimino, alzando la voz—. Has sido el primero en meter tus trastos dentro.

—Que me parezca horrible no significa que no pueda ser útil.

Cuando veo que no se esfuerza ni un poco por ocultar su sonrisa burlona, me aparto de él y camino unos pasos por delante, indignada. Al cabo de un rato, lo noto casi pisándome los talones.

—Resulta tan fácil seguir tu rastro de babas... —dice, haciéndome frenar en seco.

Se choca contra mi espalda, y eso hace que me tambalee, pero su mano me ayuda a mantener el equilibrio. Me giro, dispuesta a encararlo, asegurándome primero de que ninguno de nuestros amigos nos está prestando atención.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No te hagas la tonta. —Sonríe de nuevo; esta vez enseñándome los dientes—. En serio, deberías haberte visto la cara. Sigues igual de pillada por él.

Tengo que contenerme para no abalanzarme y taparle la boca con las dos manos cuando empieza a reírse. En su lugar, vuelvo a comprobar que nadie nos está escuchando y recorto la distancia que nos separa para hablar en un tono de voz más bajo:

—¡Claro que no! —grito en susurros, empezando a ponerme de los nervios—. ¿De dónde te sacas eso?

Mi cara de pánico le provoca otra carcajada y la

situación parece estar divirtiéndolo demasiado porque lo veo de brazos cruzados, sin molestarse en borrar esa estúpida sonrisa que me hace querer golpearlo.

—Entonces, supongo que te dará exactamente igual saber que va a pasar aquí todo el verano...

Abro los ojos de par en par y lo veo encogerse de hombros para quitarle importancia a lo que acaba de decir con ese gesto. No puede estar hablando en serio, ¿no? Pero ni siquiera me da tiempo a reaccionar porque Luke vuelve a entrelazar nuestros brazos y tira de mí hasta que alcanzamos al resto.

Cuando estamos a unos metros del primer chiriguito, el grupo empieza a dividirse entre los sanos y los que necesitarán un trasplante de hígado en unos años. Mi mejor amigo desaparece con mi hermano y veo cómo se cuelean escurridizamente entre todas las personas que seguramente llevan haciendo cola un buen rato solo por su cara bonita. Niego un par de veces y sonrío en cuanto los veo rodeados de chicas porque no llevamos aquí ni cinco minutos y ya han ligado. En serio, no me extraña que tengan el ego tan alto.

—¡No os veo bailar! —exclama Olive, sorprendiéndonos por la espalda a Jenna y a mí.

Le da un trago largo a su bebida y empieza a contonear

las caderas al ritmo de la música, cogiéndonos de la mano para que le sigamos el rollo, y no cabe duda de que está en su salsa. Antes de que vuelvan todos los demás, ya estamos tratando de imitar los pasos de baile de Maddie, aunque, por las miradas de los que están alrededor, diría que podría pasar por una danza típica de una tribu del Amazonas invocando la lluvia o por una crisis epiléptica con bastante estilo. Y, así, muerta de risa por las tonterías de mis amigas, es cuando pienso que tal vez no haya sido tan mala idea venir.



Después de un rato, empiezo a sentir la boca tan seca por culpa de los saltos y canciones gritadas a pleno pulmón que acepto la bebida con sabor a frambuesa de mi hermano. Llega un punto en el que pierdo totalmente la noción del tiempo y no sé si son las doce o las tres de la madrugada, pero no me importa en absoluto haberme saltado mi propio toque de queda porque lo único que noto ahora mismo es la euforia que me han contagiado los demás.

—Vamos a jugar a algo divertido —digo, alzando la voz por encima de la música para asegurarme de que todos me escuchan.

—¿Beso, verdad o reto? —propone Maddie, en un tono pícaro al que Olive no tarda en unirse.

—¡Tengo la botella! —grita la castaña de ojos azules y después da el último trago para vaciarla. Hace una pequeña mueca, pero no tarda en levantarla al aire, y eso me hace reír como una tonta.

—Yo no me pierdo esto ni de broma —dice Alexander, ganándose el apoyo de Luke.

—¿Eso no es un juego para niños? —pregunta Hunter, con curiosidad.

Es posible que el alcohol sea el culpable de que pueda girarme y dirigirme a él sin ningún tipo de vergüenza cuando lo miro directamente a los ojos, pero no me importa. De hecho, enfrentarme a él me parece una idea increíble ahora mismo.

—¿Acaso tienes miedo de algo, Hunter? —le pregunto, en un tono burlón—. Te recordaba un poco más valiente...

Sé que, en el fondo, no ha cambiado nada en él porque su expresión sigue siendo la misma que ponía cada vez que nos picábamos cuando éramos unos críos, y puedo comprobarlo cuando alza las cejas y veo un atisbo de sonrisa asomando de sus comisuras. Me cruzo de brazos, a la espera de que se decida entre seguir siendo un

aburrido o volver a sacar ese lado divertido que tanto me ha gustado siempre de él, y me sorprende cuando habla de nuevo:

—Dame esa botella.

Sonrío, satisfecha, cuando Olive se la pasa y ni siquiera me molesto en ocultarlo. Él niega un par de veces y sigue a nuestros amigos en cuanto empiezan a caminar para alejarse del tumulto, pasando tan cerca por mi lado que me provoca una pequeña corriente en el brazo que casi ha rozado el suyo. Freno de golpe porque hacía demasiado tiempo que no lo tenía tan cerca, y más aún desde la última vez que nuestras pieles estuvieron en contacto apenas unas milésimas de segundo. Había olvidado la reacción que me producía su simple presencia, pero me sorprende que el recuerdo de su perfume siga intacto. Y es que los mejores momentos de mi vida están ligados a ese olor, y no creo que pueda deshacerme de él ni aunque quiera.

Sigo a mis amigos unos cuantos pasos por detrás hasta que encontramos el lugar perfecto para que pueda girar la botella y nos sentamos en corrillo.

—¿Preparados?

Jenna, sentada justo enfrente de mí, le da un ligero toque a la botella para que empiece a dar vueltas sobre sí

misma, impaciente. En la primera ronda, la mayoría decidimos empezar flojo y elegimos verdad; excepto algunos valientes como Olive o Alexander que prefieren romper el hielo con algunos retos para animar un poco el ambiente.

Para cuando llevamos quince minutos jugando, estoy riéndome tanto con las tonterías y confesiones de mis amigos que siento las lágrimas a punto de saltárseme un par de veces. No puedo creer que esté pasándolo tan bien en una fiesta a la que no quería venir bajo ningún concepto, así que espero recordarla mañana para poder darle las gracias a mi amiga por haberme sacado de casa casi a la fuerza.

—Eres mucho más graciosa cuando bebes, pero preferiría que no acabaras enseñándole las tetas al señor del chiringuito. —Escucho la voz de Luke a mi derecha, casi en un susurro.

Me quita su copa de las manos con una pequeña sonrisa, y yo lo miro, confundida, sin saber muy bien cómo y cuándo ha llegado esta hasta ahí.

—Luke, ¡no seas aguafiestas! —grita Maddie, dándole otro pequeño empujón al culo de la botella para hacerla girar de nuevo—. Abby, ¡tu turno!

Suelto una risita cuando veo que todos los ojos están

puestos en mí, esperando a que elija algún reto absurdo para seguir divirtiéndonos, y ni siquiera me sorprende lo dispuesta que estoy a hacerlo.

—Mañana te arrepentirás —canturrea mi amigo, encogiéndose de hombros.

Pero lo que mi cerebro podía haber interpretado como un buen consejo, decide tomárselo como un desafío. Así que lo miro de reojo con una sonrisa traviesa, sin ser del todo consciente de lo que estoy a punto de decir:

—Elijo beso.

Nada más pronunciar esas palabras, todos mis amigos empiezan a canturrear un montón de cosas sin sentido y varias personas se giran a mirarnos con curiosidad, lo cual me parece demasiado gracioso. Giro la botella de nuevo, impaciente por saber quién será la persona a la que bese únicamente por llevarle la contraria a mi mejor amigo, pero, a medida que esta va disminuyendo su velocidad, no puedo estar más arrepentida de esto.

Cuando frena del todo, trago saliva, notando cómo el subidón de adrenalina que he sentido minutos antes desaparece en cuestión de pocos segundos.

Cojo aire e intento armarme de valor para mirar en la dirección que señala la botella, hasta que levanto la cabeza

y me encuentro con los ojos oscuros de Hunter clavados en los míos.

De nuevo, ahí está Dios asignándome una de sus peores batallas.